

Cultura

Un subgénero libresco en alza

El ejemplo de los FILOSOFOS

Las editoriales apuestan con éxito por libros que mezclan la vida y la obra de los pensadores

JUSTO BARRANCO
Barcelona

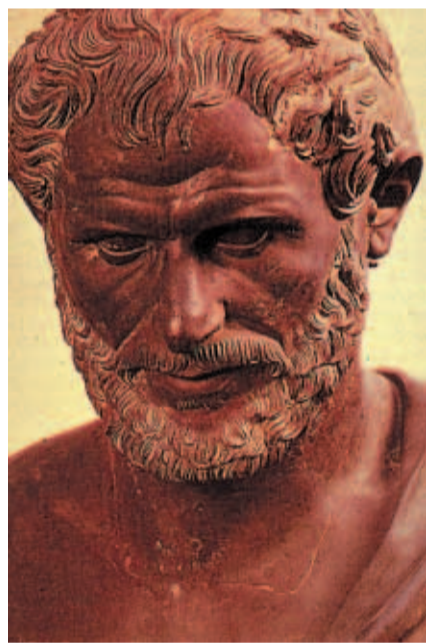
La vida y, también, la muerte de los filósofos –después de todo Sócrates ya decía que “el que no sepa morir bien, vivirá malamente”–, se han convertido en una mina inagotable para las editoriales en los últimos años. Sus anécdotas más divertidas, sus locuras, su incoherencia con las ideas que postulaban, a veces su coherencia e, incluso, sus últimos días y sus maneras de dejar el mundo: Heráclito ahogado entre la boñiga de vaca con la que se iba a curar un edema, Jeremy Bentham disecado –aún se puede contemplar su cuerpo sentado en el University College de Londres, un alegato en su momento contra los tabúes religiosos que rodeaban a los muertos– o la de Nietzsche, que no fue, como creía Wagner, por un exceso de masturbación, sino por sífilis.

Como casi siempre, nada nuevo bajo el sol. El ejemplo viene siendo utilizado desde hace milenios. Ahí están el *Fedón* de Platón, con la muerte de Sócrates, su serenidad y su última frase –“no se te olvide pagar el gallo que debemos”–, las *Vidas paralelas* de Plutarco, biografías de romanos y griegos famosos en las que se comparaban sus virtudes y defectos, explorando la influencia del carácter sobre la vida, o, más recientemente, un libro como *Hombres representativos*, de Ralph Waldo Emerson, muy popular cuando apareció en 1849 y recupera-

do ahora por Cátedra, en el que frente al culto a los héroes oponía la idea de los grandes hombres y su ejemplo, de Platón a Goethe. Sin embargo, en los últimos años, mercado editorial mediante, el número de libros con filósofos como protagonistas se ha disparado, algunos con notable éxito.

Filosofía y humor. Los que más éxito han tenido son los que se lo toman con humor. La *Filosofía para bufones* (Ariel) del profesor Pedro González Calero ha funcionado tan bien que acaba de publicar una segunda parte,

La sonrisa de Voltaire (Ariel). El autor asegura que los filósofos con más humor han sido Diógenes, “el filósofo payaso por excelencia”, Voltaire, Nietzsche, “que señalaba que el hombre es el animal que sufre tan intensamente que tiene que inventar la risa”, Russell o Cioran. Así que, aunque se muestra “escéptico sobre la utilidad de la filosofía porque no está claro para qué sirve, más que decir que para nada”, cree que en todo caso está bien tomárselo con humor. Así recoge ejemplos como el del alfarero que le preguntó a Sócrates si debía casarse o



ARCHIVO



ARCHIVO



Aristóteles

Ironizó sobre la vanagloria de la pobreza

Rousseau

Heraldo de la educación, mandó a la inclusa a sus hijos

Nietzsche

Wagner le creyó muerto por exceso de masturbación. Fue sífilis

Bentham

Para acabar con supersticiones, pidió que lo disecaran

Russell

Contra el armamento nuclear y por un ataque preventivo

Filosofía práctica

Josep Muñoz Redón

El padre del criticismo, Kant, es conocido, entre otras muchas cosas, por la distinción que hizo entre filosofía escolástica y mundana. La filosofía es, para el filósofo de Königsberg, una clase de sabiduría perfecta que nos muestra, en dos modalidades, los objetivos últimos de la razón humana. En su concepto escolástico, comprende una provisión suficiente de conocimientos racionales y una vinculación de los mismos con la idea del todo, que no es poco. Mientras que, en su concepto mundano, pretende hallar la máxima suprema que pueda regular el uso de nuestra razón, entendiendo por tal el principio interno de elección de los diversos objetivos per-

sonales. Es decir, clarificar los sistemas que nos permiten tomar decisiones prácticas y, en definitiva, vivir como personas. Entiendo que la cúpula del idealismo trascendental es la ética o la filosofía práctica, utilizando un concepto muy en boga, que se fundamenta en el testimonio de vida que dan los propios pensadores y sus acólitos.

Algunos quieren un texto sin sombra, separado del autor que lo concier-

“Filósofo es aquel que introduce el pensamiento en su vida y da vida a su pensamiento”, dijo Cioran

be, pero es querer un texto sin fecundidad, frío, aséptico, huérfano, un texto estéril. El texto tiene necesidad de su sombra: “esta sombra es un poco de ideología, un poco de representación, un poco de sujeto: espectros, trazos, rastros, nubes necesarias: la subversión debe producir su propio claroscuro”, escribe Barthes.

Leyendo lo que una vez escribí Cioran a Fernando Savater encuentro algunas pistas para superar la supuesta antinomia: “Creo que hemos llegado a un punto en la historia en el que se hace necesario ampliar la noción de filosofía. ¿Quién es filósofo? Ciertamente no lo es el universitario que tritura conceptos, clasifica nociones y redacta sumas indigestas a fin de oscurecer las palabras del autor analizado. Tampoco lo es el técnico,

por brillante o virtuoso que parezca, cuando se rinde a las retóricas nebulosas y abstrusas. Filósofo es aquel que, en la sencillez y hasta en la indigencia, introduce el pensamiento en su vida y da vida a su pensamiento. Teje sólidos lazos entre su propia existencia y su reflexión, entre su teoría y su práctica. No hay sabiduría posible sin las implicaciones concretas de esta imbricación”.

De manera que queda claro que el cultivo del pensamiento es un método que puede contribuir a que vivamos mejor. Y no sólo porque nos permite mitigar nuestras angustias, sino porque establece sólidos puentes entre aquello que pensamos y aquello que hacemos. Una cosa siempre deseable y tremendamente difícil de conseguir, también para los filósofos, como demuestran sus biografías.

J. MUÑOZ REDÓN, profesor y escritor. Autor, entre otros, de ‘Filosofía de la felicidad’, ‘Good bye Platón’ o ‘Las razones del corazón’